

110
de Villahermosa
¡Celebremos nuestra ciudad!

7 Villaher

Gaceta

La Gaceta 7 Villas nace con el propósito de visibilizar y fortalecer la creatividad, el talento y la energía cultural que florecen en nuestras villas, rancherías, colonias y espacios públicos.

Desde el Gobierno de Centro, y en el marco del Plan Municipal de Desarrollo 2024–2027, se ha trazado una ruta para acercar el arte y la cultura a más personas y a más territorios, mediante talleres, exposiciones, presentaciones y encuentros en parques, bibliotecas, escuelas y centros comunitarios.

Durante meses de trabajo, niñas, niños, jóvenes y personas adultas de las comunidades han participado activamente en actividades guiadas por coordinadores y talleristas, transformando inquietudes en expresiones culturales vivas. Gracias a este esfuerzo colectivo, más de 9,500 personas han formado parte del programa, creando, aprendiendo, compartiendo y disfrutando del arte en sus múltiples manifestaciones.

Esta gaceta es una invitación abierta a conocer lo alcanzado y a sumarse a nuevas propuestas: participar, proponer y promover la cultura como una herramienta para fortalecer el tejido social y mejorar la convivencia. En ese camino, reconocemos y celebramos el valor de las lenguas, tradiciones y expresiones de los pueblos originarios como parte esencial del patrimonio cultural del municipio.

En Centro existe un talento cotidiano que merece espacios para crecer. Lo que hoy se siembra dará frutos de bienestar, identidad y orgullo compartido. Invitamos a la ciudadanía a seguir participando en 7 Villas y a construir, juntas y juntos, una comunidad más cohesionada y culturalmente viva.

Yolanda Osuna Huerta



CÍRCULO DE LECTURA CON CREACIÓN DE TEXTOS LITERARIOS: LEER EN BUENAVISTA ZONA YOKOTA'N

Impartido por Juan Hernández Hernández
Ubicado en el Parque Central de Buenavista 1ra Sección



ko pasé ja 'yix

ko pasé ja' yix u chen
k'ay na much'ob, nuka
ch'inay ya'anob ch'uyka'a
tan ja'as bonoli'b ixim,
kaíni chi ti ák'i'b.

La fuente azul

En una fuente de color azul
cantan las ranas, y los grillos
están colgados en un plátano
de color maíz, condición de la
noche.

**Jaretssi Nicole Valencia
García, 10 años**

Ni noja'

Ni ch'ijkab tan ni juntuma
uxoje' uba to' ni ek' i ts'ulja.
Ni noja' u yini ubaj u top'o
ts'ulja ke' u yiro tan ja'as.

La lluvia

El silencio de la soledad se
viste con las estrellas y las
gotas de lluvia.
De la lluvia extravagante
nacen las gotas que caen
sobre los plátanos.

**Daniel de la Cruz de la
Cruz, 11 años**

Ni aj yokot'anop

Kinéla t'óko'b xixtako'b i yi-
niko'b ti ni ák'ib i ti ni ixim.
Kinéla t'óko'b aj Maya,
muk'an ni mulpatan, xix-
tako'b i yiniko'b ti ni yokot'an,
tik'a t'óko'b ki tan'lá.

Los yokot'anes

Nosotros somos las mujeres
y los hombres de la noche y
del maíz.
Somos mayas, la tribu de
la fortaleza, mujeres y hom-
bres de la lengua verdadera,
nuestra lengua madre.

**Brenda Gisel Hernández-
García, 10 años**

Buk'a

Tan ki kab yá'an maxtada
te'e, binila, dayida a ke
buk'atokob.
mmm. u chénon kombe-
ni buk'a. Tan ki kab yá'an
uyiró sis noi'k, k'a
ya'an ta'a a yich'ob, ake
yíle tan nonaj pa'. U ch'ije
ixim tan ki ch'ich',
angre ja' tan upéte ki cuer-
pu.

Mi tierra está llena de mu-
cha vegetación, aquí be-
bemos Buka`j (pozol)
mmm...me gusta mucho
beber Buka`j. En mi tierra
hay mucha frescura, es
como tener alas, viajo en
un gran campo donde hay
muchos popales. Crece
el maíz en mi sangre, co-
rre ja`j (agua) en todo mi
cuerpo.

**Bridany García Valencia,
8 años**



Trabajos del Taller de Lectura y pintura para niños impartido por
Delia Cantoral López, ubicado en la colonia Villa las Fuentes.
Taller de cartonería impartido por Antonio Mendoza, ubicado en
la Biblioteca Eduardo Alday Hernández, Villa Playas del Rosario.



Fotografía con celular

Axel David Custodio Vera
18 años

Lucía Sánchez Noguera
39 años

María Guerrero Pérez
59 años

Mirna Torres Montejo
67 años

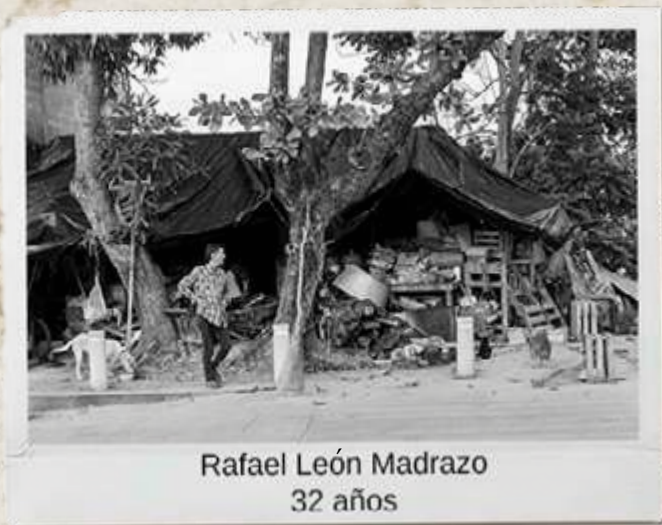
Taller impartido por Anel Tadeo, ubicado en el interior del Mercado José María Pino Suárez.



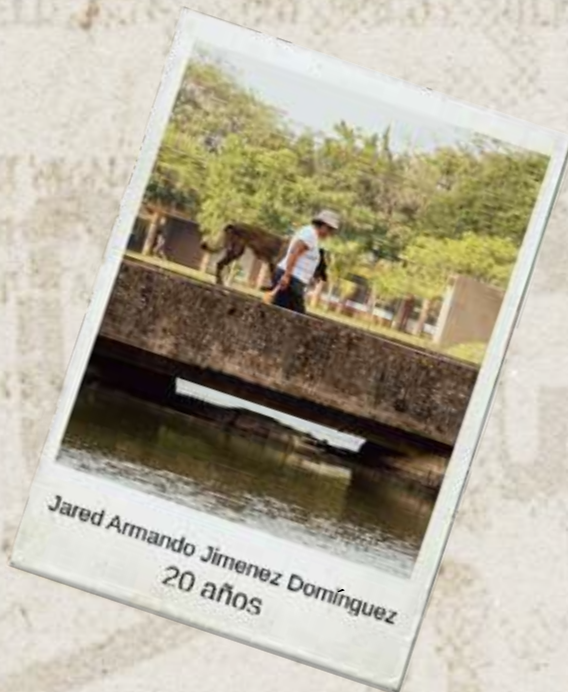
Anallely Arellano Aguilar
37 años



Osvaldo Abigayl Martínez
33 años



Rafael León Madrazo
32 años



Jared Armando Jiménez Domínguez
20 años

Icónica Fotografía

Taller Impartido por Edmundo Segura, ubicado en Eusebio Castillo #302



Francisco Alejandro Arcos Soto
40 años

*Ni ák'í'b i ni
ajch'inay*

Tan noja' ni ajk'echbuch' ya'an kache' na much'ob, ka' na juj u bonoli'b ixim, ka' u ts'ule tan ja'as. Ni u juntuma uyiro yopte' uxoje' u buk ti ni bonoli'b ti ni ák'ib. yini u t'an u ch'ikibesán tan noja', ti cha'num, ni u ts'ule i u ch'uytie ch'aj'a ujin u yiro. Ni na'b yix ni ajk'echbuch' u ch'e' ts'uts'om tan ni k'in ka' na juj, Te' u yiro ts'ulja, ni ajch'inay, tuyaba sielu, uxoje' u buk u ik'an

*La noche y los
grillos*

En la lluvia los pescadores están igual que las ranas, como iguanas de color maíz, como gotas colgadas en los plátanos. La soledad del otoño se viste del color de la noche. Extravagantes las palabras se silencian cuando la lluvia, otra vez, las gotas colgadas alegres caen. En el lago azul los pescadores reciben los besos del sol como las iguanas, cuando las gotas de lluvia caen, los grillos, bajo el cielo, se visten de negro.

Brandon García Valencia,
11 años

Textos del Taller de literatura con creación de textos literarios: Leer en Buenavista, zona Yokota'n, impartido por Juan Hernández ubicado en el Parque Central de Buenavista 1ra Sección.



Horizonte en calma
Cinthya Yazmin Valencia Hernández, 18 años
Acrílico sobre papel

*Ni ajt'ul ik'an i ni
manzana*

Ni manzana tan abril wátoda u luk''ub chan, Naja to chano'b tan ka'b ba-jka uk'enob ajt'ul u ik'anob Upéte uyirejob jini mach uts anek ta'a ajt'ul ik'an

*El Conejo negro y
la manzana*

La manzana en abril es apenas un cuello de serpiente, sueña con cascabeles en la tierra donde abundan los conejos negros, pero todos dicen que es de mala suerte tener un conejo negro.

Bridany García Valencia,
8 años



La casa de los abuelos
Regina Morales García, 12 años
Acrílico sobre papel



El campo de los árboles
Adriana García García, 16 años
Acrílico sobre papel



En algún lugar del jardín desolado
Rosa Yolanda García García, 16 años
Acrílico sobre papel



La chocita
Brandon Gael Salvador Salvador, 11 años
Acrílico sobre papel



El ave de colores
Larissa Pérez de la Cruz, 17 años
Acrílico sobre papel



Senderos
Paulette Salvador Salvador, 14 años
Acrílico sobre papel



Ubicado en la Biblioteca José G Asmitia en Buenavista 1ra. Sección y Biblioteca Carlos Pellicer Cámara en Medellín y Madero 4ta. Sección.

TALLER DE COMUNICACIÓN VISUAL

Impartido por Alán Ronaldo Izquierdo Morales, ubicado en la Biblioteca Gregorio Méndez Magaña, Atasta.



Guerras mundiales
Arely Banda, 25 años



Se busca identidad
Valeria Isabel Durán, 27 años



Geopolítica
Sandra Núñez, 19 años



Tecnología ancestral
Vanessa Vázquez, 23 años

Club de Arte para Mujeres de Villa Parrilla

Impartido por María Isabel Ruiz Monzón, ubicado en Biblioteca Filemón León Vidal en Villa Parrilla.

Manuela del Rosario Hernández Félix, 48 años
Pintura en acrílico



Yuliana Carrera López, 34 años
Pintura en acrílico



Paola Coral Alfonso, 17 años
Puntillismo con estilógrafo



Juana Jiménez López, 54 años
Pintura en acrílico



Jesucita Pérez Pérez, 61 años
Achurado con lápiz



Los popales

Brenda Gisel Hernández García, 12 años
Acrílico sobre papel



Paisaje

Melissa de la Cruz García, 10 años
Acrílico sobre papel



Los popales

Daniel de la Cruz de la Cruz, 11 años
Acrílico sobre papel

Biblioteca José G. Asmitia en Buenavista 1ra sección y Biblioteca Carlos Pellicer en Medellín y Madero 4ta Sección.

Impartido por
Javier Hernández
Hernández

Taller de
Artes Plásticas



El corazón verde

María Lizbeth Bautista Morales, 36 años
Acrílico sobre papel

¿Cómo me acerqué a la lectura?

Mayra Alejandra Morales Pulido, 33 años

En mi casa teníamos una pequeña biblioteca, conformada principalmente por enciclopedias; jugaba con mi hermana con los datos de las enciclopedias. Había una que se llamaba ¿Dónde, cómo, cuándo? Un libro con hojas de papel con una calidad que brillaba con luz tenue, con márgenes en cada página; un libro que fue hecho con detalle, cada imagen caricaturesca con degradados que se integraban al espacio de la hoja. Me gustaba consultarlo de vez en cuando. Abrirla en cualquiera de sus páginas y caer presa en algunas de sus atractivas hojas; banderas del mundo con sus capitales y extensión territorial, sobre dioses griegos o egipcios; barcos o vikingos. Un libro hecho con el objetivo de ser leído, abierto como un cofre de tesoros, consultado hasta el punto de gastarlo, desgajarlo.

Posteriormente entre a la secundaria. Había una biblioteca en un espacio muy pequeño, como si la bodega hubiese sido sustituida por un cúmulo de libros. Ahí me encontré varios libros del tamaño de la mitad de una hoja carta con cuentos de terror que me hacían imaginar y experimentar sensaciones a un nivel de entender la oscuridad que transmitía el escritor en sus historias. Me reunía con mis amigos en las mesas del patio de la escuela y les comentaba de los libros de terror que había leído; iniciaba contándoles la parte que creía que haría que se engancharan con la historia, le agregaba partes que no venían y les decía "hasta aquí les

contaré". Me pedían que terminara de contarla pero me limitaba a hacerlo. Disfrutaba que se sintieran interesados en las historias que leía, y con mi inspiración, lo lograba. No leí mucho durante ese tiempo.

Entré a la preparatoria y lo que más recuerdo fue a la maestra Catalina, hablándonos sobre la historia de nuestro país. El libro que dio como propuesta era La evolución de México. Me confundía, se parecían los datos. Me aburría. No fue mi mejor camino lector.

Al entrar a la universidad retome el camino en el primer semestre con mi maestro Efraín Pérez Cruz. Recomendó a cada estudiante leer un libro. Aquella sugerencia se convirtió en un festival de opiniones entre los compañeros. Yo leía a Caín de José Saramago. Me atrapó, me gustó, era otro giro a la historia bíblica que había conocido.

Con el estímulo necesario empecé a leer los libros que se le habían sugerido a mis compañeros: era un intercambio enriquecedor. Ellos me contaban lo que les había gustado del libro. Me hipnotizaban y los leía. Así pude leer los libros que me compartía mi limitado número de amistades universitarias.

La racha económica no me permitía comprar los libros de mi interés, así que iba a la biblioteca principal de mi *alma mater*, me sentaba en el piso entre los anaqueles y me disponía a leer. Si no podía dejar de leer me lo llevaba a casa por el módico y limitado tiempo de una semana, y si por la rutina diaria no lo podía terminar, iba a la biblioteca y actualizaba el préstamo una vez más hasta que lo terminaba de leer.

Así leí sobre desarrollo organizacional, Mahatma Gandhi, imagen pública, entre otros temas. A partir de ese momento no dejé de leer, mirar y hojear publicaciones, y aunque lo hago menos, en mi cama siempre hay un libro que me espera con los brazos abiertos. Lo retomo. Lo dejo. Lo llevo conmigo y, cada vez que puedo, hablo de él. Y en su última página queda el dejo de lo que fue, lo que es, lo que será en la meditación de mis ideas o del umbral donde se queda un buen porcentaje de las letras si no lo comparto con alguien.

Mis libros se anclan, se adhieren a mi sencilla biblioteca, y su título y autor se agrega a mi lista con la fecha en que leo la última página.

Taller de Literatura impartido por Jaime Ruíz ubicado en el Parque de Los Pajaritos.



Viajera
María Leopoldina Ayala Menéndez
63 años



Cálida noche
María Patricia Marín León
63 años



Un cielo azulado
Claudia Martínez Pérez
39 años



Reflexiones en silencio
María Almendra Castañeda Hernández
33 años



Una mirada al cielo
Ivonne Aguilar Hernández
35 años

Trabajos del Taller de fotografía de Miraldelly Marín Amézquita, ubicado en el Malecón Leandro Rovirosa Wade.

Carta al hijo

Taller Literario impartido por Héctor de Paz ubicado en la Biblioteca Municipal Coronel Gregorio Méndez Magaña del Centro Recreativo de Atasta.

Juan Antonio Falcón de la Cruz, 22 años

Era inevitable no abandonarla. Por la tarde enterró cincuenta y cuatro años con ocho meses y un día de matrimonio. Necesitaba confortarse en la sinceridad de un amor que solo los hijos son capaces de brindar en tales circunstancias. El primogénito, consciente de su rol, solo abandonó a su madre cuando ésta sucumbió ante la tristeza, el cansancio y la incertidumbre del porvenir.

Santiago regresó a casa cuando los vientos nocturnos susurran ecos lejanos en el tímpano. Una pila de exámenes sin calificar lo esperaba en la mesa. Encendió el primer cigarro de la noche y ocupó una de las sillas contiguas al comedor. La nicotina le otorgaba dotes singulares para trabajar, cada movimiento era ejecutado con una precisión casi mecánica: sostenía el cigarro con la mano izquierda, trazaba números en las evaluaciones con la mano derecha. La cifra que indicaba la calificación de un examen era cubierta a los pocos segundos por una nueva hoja con numeración distinta.

Así continuó hasta que un poco de ceniza cayó al piso, entonces se llevó el cigarro a la boca por unos segundos y estiró el brazo izquierdo hacia el centro de la mesa para alcanzar el cenicero de cristal; al acercarlo hacia su espacio de trabajo, se percató de que debajo del recipiente traslúcido había un sobre. Dejó consumir la primera colilla y palpó con sus falanges la cubierta color beige. La forma, el peso, la presentación: sin duda se trataba de una carta. Santiago recordó que él se la entregó hacía seis o siete meses, pero no le dio importancia en su momento porque lo visitaba cada fin de semana. Encendió otro cigarro, abrió el sobre. Leyó.

Queridísimo Santiago:

Tu madre me informó que fuiste aceptado como catedrático de Literatura en el Instituto Bernal Díaz del Castillo. Enhorabuena, hijo. Asegúrate de ser un buen guía para esos jóvenes...

Me sentí tan desdichado como alegre al enterarme de la noticia. ¿Por qué? Para mí es verdaderamente trágico mirarte cada séptimo día y conocer tan poco acerca de tu situación actual. Debes pensar que exagero, pero no lo hago. Intenta recordar cuándo fue la última vez que interactuamos más allá de un saludo, dos o tres banalidades y una despedida. De no ser por tu madre o tu hermana, jamás me habría enterado de tus peripecias románticas con Lucía, las tres mudanzas que llevas en el transcurso del año o los recurrentes episodios de colitis nerviosa que padeces.

No me malinterpretes, esto no se trata de un reproche. Solo intento alcanzarte a través de la pasión más grande que resguarda tu espíritu desde que eras joven: la escritura. Quiero escuchar tu voz contándome las fortunas y las desgracias que experimentas como adulto; quiero que subas al estudio a escoger algún clásico literario para compartirlo con tus alumnos; quiero poder mirarte a los ojos sin acobardarme; quiero dejar de ser un cero a la izquierda en la vida de mi hijo.

Al escribir esto, ahogo mi memoria en las corrientes caudalosas del ayer, pero no soy capaz de reconocer cómo o cuándo se originó nuestro distanciamiento. Tal vez esa pregunta no me compete responderla a mí, sino a ti. Así que te otorgo la facultad de ser juez y verdugo, tú dictaminarás mi sentencia y el castigo que consideres apropiado.

Hablar cara a cara no es una opción, al menos no por el momento. Pero podríamos dar un primer paso manteniendo una correspondencia semanal, quizá mensual. Piénsalo. Esperaré tu respuesta.

Con amor: tu padre.

El cigarro abandonado en el cenicero a mitad de la lectura casi terminaba de consumirse. Algunas gotas cayeron sobre la superficie blanquecina del papel, provenían de una vista rojiza, demolida. Las manos trémulas dejaron la carta encima de la mesa. Santiago apenas encontró minúsculos rastros de fuerza para irse a su habitación. No se presentó a trabajar la mañana siguiente.

Mi religión es rumiar

Rocío Montserrat Valdez Ruiz, 23 años

Siempre quise ser pintor, como ese que salía en la tele y hacía paisajes, pero aprendí primero a afilar un cuchillo que a agarrar un pincel. Pronto ya sabía pesar la carne, casi podía dar el gramaje exacto que me pedían sin usar la báscula. Cuando mi papá consideró que estaba listo, me enseñó a sacar los cortes: milanesas, chamberete, brazuelo, cachete.

No me desagradaba el olor de la sangre, ensuciarme las manos o manchar el mandil, conocía perfecto los ángulos de corte, la limpieza del mobiliario, proveedores, modos y mañas. Cuando creí saber todo sobre el negocio, mi padre falleció; entonces supe que era momento de encargarme del único lugar que yo no frecuentaba: aquel en el que entraban dos con vida y solo salía un hombre, cargando cachos mutilados de carne fresca, fresca.

Yo no sacrificaba a las vacas, ese era trabajo del viejo. El día después del entierro tuve que ir al establo yo solo. De pequeño llegué a ver cómo se despedía de las vacas antes de matarlas: les agarraba la cabeza con las dos manos y con algo que creo que se llama cariño, les daba un beso. Tenía el conocimiento teórico de la ejecución, así que no lo pensé mucho al tomar uno de los ejemplares y llevarlo a la zona designada.

De madrugada y sin nadie cerca de mí, solo una vaca y sus últimos latidos. No me nacía besarla, más que nada porque no sabía cómo hacerlo. Le disparé entre los ojos y el perno liberó el cartucho, perfumando con pólvora mi luto. Cuando me acerqué a verla me di cuenta de que no brotaba sangre de la herida y sus ojos estaban abiertos.

Antes de que pudiera examinarla comenzó con espasmos inquietantes, creí que eran aquellos movimientos involuntarios que los cuerpos realizan después de morir, pero empezó a torcer sus extremidades. Escuchaba cómo se rompían los huesos y cartílagos, deformando su cuerpo hasta quedar a dos patas. Ya no lucía desorientada, ahora estaba completamente consciente.

—Hijo, soy yo, tu padre.

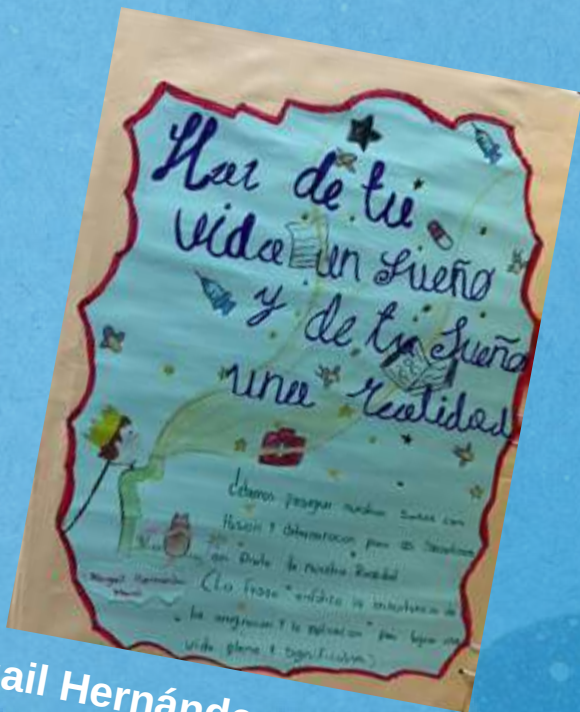
La miré a los ojos, fue lo único que pude hacer. No sabía si asustarme porque su tono me resultaba extrañamente familiar, huir porque se estaba acercando a mí o conmovirme porque era la primera vez que escuchaba la palabra «hijo» pronunciada en la voz de mi padre. Fue tan cautivador. Ante su majestuosidad, me puse de rodillas y le rendí culto, rogándole que me perdonara; ningún ser vivo sobreviviría a un disparo directo a la cabeza a menos que fuera Dios.

El arrebol matutino me alcanzó, liberé a los animales de los corrales y abandoné la carnicería. También el sueño de ser paisajista. Me uní a las vacas, de ellas he aprendido tanto: comer pasto, rumiar, vivir con simpleza. Ellas son el único camino verdadero y todo el mundo se dará cuenta pronto.

Circo urbano

Edgar Dazz, 49 años

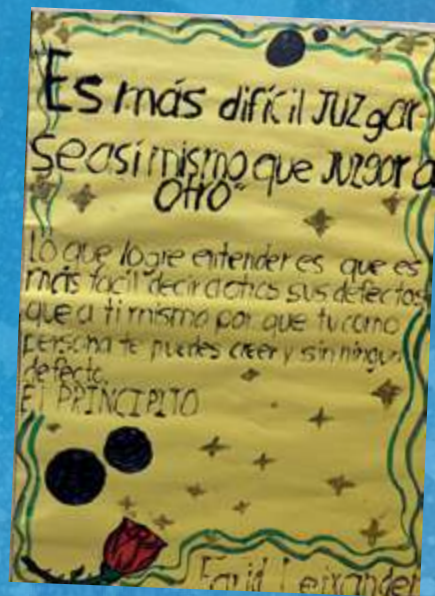
Las señoras caminan en puntas
como equilibristas
sobre las cuerdas flojas de sus deudas.
Carritos cojos chillan como payasos viejos.
Los elefantes amaestrados
cargan bolsas en los supermercados.
Los barrenderos con escobas mágicas
barren pensamientos sueltos,
algunas discusiones, bostezos dormidos,
y un par de sueños que nadie reclamó.
Semáforos domando fieras,
el túnel traga hombres
suena al ritmo del presentador.
Transeúntes acróbatas de la esperanza,
todos escuchamos a nuestros leones rugir.



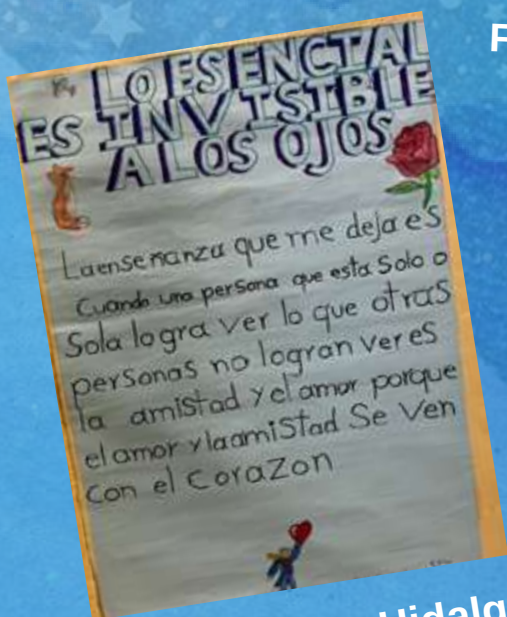
Abigail Hernández Marín, 12 años



Goretti Javier García, 12 años



Farid Lexander Solís Ozuna, 12 años



Ángel Daniel García Hidalgo, 12 años



Taller de Lectura

Impartido por Laura Jiménez Gómez,
ubicado en la Biblioteca Josefina May de la Cruz
Ranchería Buenavista, Río Nuevo 1ra Sección